

Novelas amorosas y ejemplares

MARÍA DE ZAYAS



Prólogo

María de Zayas (1590-1647) vivió en una época de esplendor para las letras españolas, el Siglo de Oro. Sus obras gozaron de gran reconocimiento en su momento; prueba de ello son las numerosas reimpresiones de las propias *Novelas amorosas y ejemplares*, así como sus vínculos con escritores tan imprescindibles como Lope de Vega, quien la reconocía y admiraba como autora.

Como tantas otras escritoras del Renacimiento, en el prefacio de su obra ejerce de paladina de la mujer docta y erige toda una genealogía, con raíces en la Antigüedad, de mujeres escritoras con la que avala y fusiona sus dos identidades: la de la mujer y la de la escritora. En un entorno literario tan hostil como este, que a menudo concebía la llegada de las mujeres a la imprenta como una amenaza en potencia a su reputación, María de Zayas ruega a sus lectores que reconozcan, si no su talento literario, por lo menos su mera existencia en cuanto mujer escritora.

La presente obra, naturalmente, como su propio título indica, sigue la estela de las *Novelas ejemplares* de Miguel de Cervantes y, por consiguiente, del *Decamerón* de Boccaccio: un grupo de amigos, impedido por el frío invierno y la enfermedad de una de ellas, Lisis, se reúne para contarse novelas cortas o «maravillas», como prefiere llamarlas María de Zayas.

En las diez maravillas que conforman el libro, unidas todas ellas por el tema fundamental del amor, la autora nos abre las

puertas a su sociedad desde los márgenes sociales: entre hechizos de magia, romances prohibidos y viajes de ultramar, irrumpen en los renglones de su libro las voces recias e inconformistas de las mujeres del Renacimiento. En el universo literario de María de Zayas, sin huir de escenas explícitas ni críticas mordaces, estas se rebelan contra la violencia y el silencio impuestos y nos ofrecen toda una serie de reivindicaciones que, a día de hoy, sigue conmoviendo por su fuerza.

Esta versión modernizada está basada en la primera edición, publicada en Zaragoza en 1637, aunque no por ello se han dejado de tener en cuenta las correcciones menores introducidas en ediciones posteriores.

NOELIA POUSADA
Traductora e intérprete, Universidad de Vigo



A quien lea

Quién duda, lector mío, que te sorprenderá que una mujer tenga la osadía no solo de escribir un libro, sino de publicarlo en la imprenta, que es donde se mide el talento. Hasta que se leen los escritos con letras de plomo, no tienen valor de verdad, porque es muy fácil que engañen los sentidos: la fragilidad de la vista suele pasar por oro macizo lo que a la luz del fuego es solamente bronce. Quién duda, digo otra vez, que habrá muchos que atribuyan a la locura esta virtuosa osadía de sacar a la luz mis borriones siendo mujer, lo cual, según la opinión de algunos necios, es lo mismo que ser una inepta, pero cualquiera que tenga un mínimo de cordura ni lo tendrá por novedad ni lo considerará un desatino. Porque si esta materia de la que estamos compuestos los hombres y las mujeres, ya sea una trabazón de fuego y barro o una masa de espíritu y cuerpo, no tiene más nobleza en ellos que en nosotras, si la sangre, los sentidos, las capacidades y los órganos son los mismos, si tenemos la misma alma que ellos, porque las almas ni son hombres ni mujeres, ¿qué razón hay para que ellos sean sabios y presuman que nosotras no podemos serlo?

Esto no tiene, a mi parecer, más respuesta que su impiedad o tiranía al encerrarnos y no educarnos. Y así, la verdadera causa por la que las mujeres no son doctas no se debe a un defecto de nuestra naturaleza, sino la falta de aplicación. Porque, si en

nuestra infancia, al igual que nos ponen el cambray en las almohadillas y los dibujos en el bastidor, nos dieran libros y preceptores, seríamos tan aptas para los puestos y para las cátedras como los hombres, y quizá más agudas, por ser más frías por naturaleza, pues fría es la razón, como se ve en las respuestas espontáneas y en los engaños calculados, que todo lo que se hace con maña, aunque no sea virtud, es ingenio.

Y si no vale esta razón para darnos crédito, valga la experiencia de la historia y lo que hicieron las mujeres que se dedicaron a las buenas letras. De Pola Argentaria, esposa del poeta Lucano, refiere él mismo que le ayudó en la corrección de los tres libros de la *Farsalia*, y ella escribió muchos versos que le atribuyeron a él. Temistoclea, hermana de Pitágoras, escribió un libro doctísimo con varias máximas. Diotima fue venerada por Sócrates debido a su eminencia; Aspasia dio muchas lecciones en las academias; Eudoxia dejó escrito un libro de consejos políticos; Cenobia, un epítome de la historia oriental, y Cornelia, mujer de Africano, unas epístolas familiares con suma elegancia. Hay ejemplos infinitos de la Antigüedad y de nuestros tiempos que no menciono por no alargarme y porque ya tendrás noticias de todo, aunque seas lego y no hayas estudiado. Y, además, hay polianteadas en latín y sumas morales en romance. Los seglares y las mujeres pueden ser letrados. Si esto es verdad, ¿qué razón hay para que no tengamos talento para los libros? Y más si todas tienen mi inclinación, que viendo cualquier libro, nuevo o antiguo, dejo la costura y no paro hasta que lo termino.

De esta inclinación nació el conocimiento; del conocimiento, el buen gusto, y así me puse a componer versos, hasta escribir estas novelas (ya sea por ser un género más fácil o más apetitoso). Muchos libros sin erudición parecen buenos por la fe del sujeto y otros llenos de sutileza se venden pero no se compran, porque la materia no es importante o es desabrida. Con esto quiero decir que el libro que te invito a leer puede parecer una fruta entre otros platos más suculentos; el gusto humano está tan achacoso y tan hastiado de ver las cosas que pasan en el mundo que hace falta valerse de sainetes para quitar las amarguras o para tragar los sobresaltos.

No hace falta prevenirte de la piedad que debes tener, porque si el libro es bueno, no conseguirás nada alabándolo, y si es malo, por la cortesía que se debe a cualquier mujer, le tendrás respeto. Las sátiras y las furias no se hicieron para los rendidos, sino para los soberbios. Quien tiene honra da lo que tiene; cada uno hace como quien es. Con las mujeres no hay discusión posible: quien no las estima es necio, porque las necesita, y quien las ultraja, un ingrato, pues es una falta de reconocimiento al vientre donde pasó la primera etapa de su vida. Y así, como no quieres ser descortés, necio, villano ni desagradecido, te ofrezco este libro muy convencida de tu buena disposición y confiando en que, si te desagrada, podrás disculparme porque nací mujer, no con la obligación de escribir buenas novelas, sino con muchos deseos de acertar a servirte.



Introducción del libro

Lisis, hermoso milagro de la naturaleza y maravilla de esta corte, tenía mucha fiebre, y para entretenerla se juntaron la hermosa Lisarda, la discreta Matilde, la graciosa Nise y la sabia Filis, todas nobles, ricas, hermosas y amigas, una tarde de las cortas de diciembre, cuando los hielos y las terribles nieves obligan a quedarse en casa, disfrutar de los braseros (que en julio se reemplazan por las cantimploras) y lisonjear para no echar de menos el prado, el río y los demás disfrutes de Madrid.

Pues, como enfermó tan cerca de Navidad, tiempo alegre y digno de amenizarse con fiestas, juegos y burlas, tras pasar la tarde en divertidas charlas, concertaron entre sí un sarao, entretenimiento para la Nochebuena y los demás días de Pascua, para que Lisis, con la agradable conversación de sus amigas, no sintiese los achaques de la enfermedad. El vivir todas juntas en una casa, aunque en distintos aposentos, como es la costumbre en la corte, les facilitaba verse a todas horas. Convidaron a don Juan, caballero mozo, galán, rico y bien entendido, primo de Nise y querido dueño de la voluntad de Lisis, a quien ella pensaba entregarse en legítimo matrimonio. Sin embargo, don Juan, enamorado de Lisarda, prima de esta, con la que deseaba casarse, negaba a Lisis la justa correspondencia de su amor. La hermosa dama veía ante ella la causa de sus celos y debía fingir agradable risa en el semblante, cuando el alma, llorando por mortales sospechas, había dado motivo a su enfermedad y ocasión a su tristeza, y más viendo que Lisarda, tan

contenta como estimada, tan soberbia como querida y tan falsa como competidora, siempre ganaba aquella batalla de amor.

Don Juan, convidado a la fiesta y agradecido por ello, por petición de las damas vino acompañado de don Álvaro, don Miguel, don Alonso y don Lope, en nada inferiores a él en nobleza, gala y bienes de fortuna, y todos aficionados a pasar el tiempo discreta y regocijadamente. Juntos, pues, y todos de acuerdo, proclamaron a la bella Lisis presidenta de este gustoso entretenimiento y le pidieron que ordenase a cada uno lo que debía hacer. Ella, excusándose por su enfermedad y viéndose importunada por sus amigas, pidió a su madre, noble y discreta señora que había perdido a su amado esposo, que la sustituyera como presidenta, y así se libró de la carga que le habían impuesto sus amigas.

Laura, que este es el nombre de la madre de Lisis, organizó de esta forma la entretenida fiesta: a Lisis, que de verdad estaba enferma, le encargó que buscara a los músicos, y para que lo hiciese de buen ánimo, le mandó expresamente que les diese las letras y los romances que tendrían que cantar durante las cinco noches. A Lisarda, su sobrina, y a la hermosa Matilde les mandó que preparasen un baile de máscaras para que ellas y las otras damas mostrasen, con los caballeros, su gala, donaire y destreza la primera noche. Después del baile, narrarían dos maravillas; con este nombre quiso evitar la palabra «novela», tan enfadosa que ya en todas partes se aborrece. Y, para que los caballeros no se quejasen de que las damas tenían ventaja, mezclándolos a todos, confió la segunda noche a don Álvaro y don Alonso; la tercera, a Nise y Filis; la cuarta, a don Miguel y don Lope, y la quinta y última noche, a sí misma y a don Juan. La Pascua terminaría con una grandiosa cena que Lisis, como la invitada principal de la fiesta, quería dar a los caballeros y a las damas, y a la que convidaron a los padres de los caballeros y a las madres de las damas, por ser todas ellas huérfanas de padre y ellos, de madre. La muerte frustra los deseos de los mortales.

Lisis, a quien tocaba inaugurar la fiesta, buscó a dos músicos, los más diestros que pudo encontrar, que acompañaron con sus voces la suya angelical. Quedaron en que, al recogerse el día y al descoger la noche su negro manto (luto provocado por Apolo, que por dar a los indígenas americanos alegres días daba a nuestro

continente oscuras sombras), se juntarían todos para celebrar la Nochebuena en el cuarto de la hermosa Lisis, decorado con unos costosos paños flamencos, cuyos boscajes, flores y arboledas se parecían a las selvas de Arcadia o a los huertos de Babilonia. Coronaba la sala un rico estrado con almohadas de terciopelo verde, embellecido con borlas y guarniciones de plata. Había, además, una vistosa camilla; esta, al lado del estrado, había de ser trono, asiento y resguardo de la bella Lisis, que como enferma pudo gozar de esta preeminencia, y era, asimismo, de brocado verde, con flecos y alamares de oro.

La sala ya estaba cercada de muchas sillas de terciopelo verde y de infinitos taburetes pequeños, para que, sentados en ellos los caballeros, pudiesen gozar de un brasero de plata que, alimentado de fuego y diversos olores, calentaba todo el estrado. A las tres de la tarde, empezaron a llegar las señoras, no solo las convidadas, sino otras muchas que, al enterarse del entretenido festín, se convidaron ellas mismas. Fueron recibidas con grandísimo agrado por la discreta Laura y la hermosa Lisis, la cual, dominada por los celos, ocupaba la camilla y, por honestidad y decencia, aunque tenía fiebre, quiso estar vestida.

Ya la sala se parecía a los campos alumbrados del rubio Apolo, los cuales, entre risas, alegran los ojos que los miran; tantas eran las velas que daban luz a la sala. Entonces, los músicos, que tenían sus asientos cerca de la cama de Lisis y que estaban al tanto del romance que tenían que cantar después del baile, dieron paso a la danza conocida como la gallarda, convidando a las damas y caballeros a ir saliendo con velas encendidas en las manos para que se mirase mejor su gallardía.

El primero fue don Juan, que, en calidad de guía y maestro, empezó solo; atraía las miradas de todos, tan galán, ataviado de color pardo con botones y cadenas de diamantes que parecían estrellas. Le siguieron Lisarda y don Álvaro, ella de los colores de don Juan y él de los de Matilde, a quien amaba. La hermosa dama iba vestida de color pardo oscuro, como el nogal, y de plata, acompañada por don Alonso, galán, de negro, que se animó porque también salió Nise, con una saya entera de terciopelo liso sembrada de botones de oro. Ella venía de la mano de don Miguel,

también de negro, y aunque este miraba bien a Filis, no se atrevió a sacar sus colores; temía a don Lope, que al haber salido de verde al igual que ella, y creía que era a él a quien quería Filis.

Don Juan desengañó a Lisis de su amor al favorecer a Lisarda hasta en los colores. Ella, dispuesta a disimular, reprimió los suspiros y las lágrimas, y se centró en el donaire y la destreza con que dieron fin a la máscara, con tantas vueltas y laberintos, lazos y cruzados que quisieran que durara un siglo. Pero, al ver que Lisis, acompañada de los dos músicos, quería demostrar lo bien que se le daba cantar, todos tomaron asiento por orden y escucharon este romance:

*Escuchad, selvas, mi llanto,
oíd, que a quejarme vuelvo,
que nunca a los desdichados
les dura más el contento.*

*Otra vez hice testigos
a vuestros olmos y fresnos
y a vuestros puros cristales
de la ingratitud del cielo.*

*Oísteis tiernas mis quejas
y entretuvisteis mis celos
con la música amorosa
de estos mansos arroyuelos.*

*Vio tierno su sinrazón,
obró mi firmeza el cielo,
procuró pagar finezas,
sino que se cansó presto.*

*Salí a gozar mis venturas,
alegre de ver que, en premio
de mi amor, si no me amaba,
le agradecía a lo menos.*

*Pequeña juzgaba el alma,
de su viveza aposento,
estimando por favores
sus desdenes y despegos.*

*Adoraba sus engaños,
aumentando en mis deseos
sus gracias para adorarle.
¡Qué engañado devaneo!*

*¿Quién pensara, dueño ingrato,
que estas cosas que refiero
aumentaran de tu olvido
el apresurado intento?*

*Bien haces de ser cruel;
injustamente me quejo,
pues siempre son los dichosos
aquellos que quieren menos.*

*Tu amor murmura la aldea,
mirando en tu pensamiento
nuevo dueño de tu gusto
y en tus ojos nuevo empleo.*

*Y yo, como te quiero,
lloro tu olvido y tus desdenes siento.*

Un público tan ilustre no sería de verdad agradecido si no diera a la hermosa Lisis las gracias por su canto, y así, con las más corteses y discretas razones que supo don Francisco, padre de don Juan, en nombre de todos le dio las gracias, aumentando con esto la belleza de la hermosa dama, a pesar de la enfermedad, porque se puso colorada. Don Juan, a su vez, cayó en la cuenta de su poco agradecimiento, pero, al mirar de nuevo a Lisarda, volvió a ensimismarse con su hermosura, y vio que buscaba un asiento más cómodo para narrar la maravilla que le tocaba contar esta primera noche. Lisarda, percatándose de que todos, atentos a su dulce boca y elocuencia, aguardaban que empezase, buscó las palabras más adecuadas y dijo así...



NOCHE PRIMERA

Aventurarse perdiendo

El título de mi maravilla, hermosísimas damas y nobles caballeros, es *Aventurarse perdiendo*, porque veréis cómo, cuando las mujeres están destinadas a ser desdichadas, no bastan ejemplos ni escarmientos. También servirá de advertencia para que no se arrojen al mar de sus desenfrenados deseos, pues podrían anegarse no solo las flacas fuerzas de las mujeres, sino el claro y heroico raciocinio de los hombres, cuyos engaños hay que temer, como se verá en mi maravilla, que es la siguiente.

Las ásperas peñas de Monserrate son símbolo del poder de Dios y de la maravilla de su divina Madre, donde se demuestran sus misericordias con misterios divinos: la punta de un empinado monte pende del aire, sin más ayuda que la que le da el cielo, que no es la de menos consideración. Ahí hay un templo milagroso y sagrado, tan adornado de riquezas como de maravillas: son muchos los milagros que hay en él, pero el mayor de todos es el retrato verdadero de la serenísima reina de los ángeles y señora nuestra.

Fabio subió al monte después de adorarla, ofreciéndole su alma devota y mirando con atención aquellas grandiosas paredes, cubiertas de mortajas y muletas, con otras infinitas insignias de su poder. Es un ilustre hijo de la noble villa de Madrid, pues con su excelente

talento y conocida nobleza, amable condición y gallarda presencia, la adorna y enriquece tanto como cualquiera de sus valerosos fundadores, y la ciudad, como madre, lo aprecia mucho.

Este virtuoso mancebo caminaba por tan ásperas malezas porque quería ver las devotas celdas de los monjes penitentes que habían abandonado el mundo para vivir en aquel cielo. Después de ver algunas y de recibir las atenciones de sus moradores, que invitaban a pajarillos como él a comer de sus manos, caminó a lo más remoto del monte para ver la conocida cueva de san Antón. Era la cueva más áspera y prodigiosa, debido a las penitencias de las personas que la habitan y se ven tentadas por los demonios; podría decirse que todos los que las superan se convierten en un nuevo san Antón.

Cansado de subir por una senda estrecha, pues no tenía otra opción que ir a pie (había dejado en el convento la mula y un criado que le acompañaba), se sentó al margen de un pequeño arroyo, que fluía entre la hierba y caía, levantando un sosegado ruido, de una hermosa fuente en lo alto del monte, como si estuviese fabricada más por manos de ángeles que de seres humanos, en honor de los santos ermitaños que vivían en el monte. Su música, que sonaba como una risa, aunque no la veían los ojos, no dejaba de agradar a los oídos.

Y, como la caminata a pie, el calor del sol y la aspereza del camino le quitaron parte del ánimo, quiso recobrar allí el aliento, pero, justo entonces, llegó a sus oídos una voz muy suave que no podía estar muy lejos. Tan baja como triste, como si fuera el instrumento de la humilde corriente, pensando que nadie la escuchaba, cantó así:

*¿Quién pensara que mi amor,
escarmentado en mis males,
cansado de mis desdichas,
no hubiera muerto cobarde?*

*¿Quién le vio escapar huyendo
de ingraticudes tan grandes
que crea que en nuevas penas
vuelva de nuevo a enlazarme?*

*Mal hayan de mis finezas
tan descubiertas verdades
y mal haya quien llamó
a las mujeres mudables.*

*Cuando de tus sinrazones
pudiera, Celio, quejarme,
quiere Amor que no te olvide,
quiere Amor que más te ame.*

*Desde que sale la aurora
hasta que el sol va a bañarse
al mar de las playas indias,
lloro firme y siento amarte.*

*Vuelve a salir y me halla
repasando mis pesares,
sintiendo tus sinrazones,
llorando tus libertades.*

*Bien conozco que me canso,
sufriendo penas en balde,
que lágrimas en ausencia
cuestan mucho y poco valen.*

*Vine a estos montes huyendo
de que ingrato me maltrates,
pero más firme te adoro,
que en mí es sustento el amarte.*

*De tu vista me libré,
pero no pude librarme
de un pensamiento enemigo,
de una voluntad constante.*

*Quien vio cercado castillo,
quien vio combatida nave,
quien vio cautivo en Argel,
tal estoy, y sin mudarme.*

*Mas pues te elegí por dueño,
matadme, penas, matadme,
pues por lo menos dirán:
«Murió, pero sin mudarse».*

*¡Ay, bien sentidos males!
Poderosos seréis para matarme,
mas no podéis hacer
que Amor se acabe.*

Fabio escuchaba con tanto gusto la lastimosa voz y las quejas que, aunque la voz no fuese la de más talento que hubiese oído, casi le pesó que acabase tan pronto. El gusto, el tiempo, el lugar y la montaña le animaban a seguir adelante, y si no lo hizo fue pensar que pronto satisfaría la vista como había satisfecho los oídos con la voz, pues oír cantar en un monte no es pequeño alivio para quien no esperaba sino el aullido de alguna bestia fiera. No obstante, al final, más alentado que antes, prosiguió su camino para buscar la voz que había oído, pensando que habría terminado aquí por algún motivo y enternecido por sus quejas. Es muestra de notable piedad y un gran acto enternecerse con la pasión ajena.

Fabio estaba tan deseoso de hablar al lastimado músico que no había quien le frenase, y para que este no se escondiese, caminaba lo más silenciosamente posible. Seguía el margen del arroyo, en busca de su manantial, pues le parecía que sería el lugar acertado para encontrar aquella joya de voz, y no se engañó. Subió a un pequeño prado en lo alto del monte, morada solo para la casta Diana o para alguna desesperada criatura, donde manaba, de una blanca peña, agua para nutrir las flores (verdes romeros y graciosos tomillos). Vio a un joven mozo recostado que llevaba puesto un calzón pardo, piel de cordero blanca y erizada, un zurrón, unas abarcas y una montera.

Nada más verle, supo que era el autor de la canción, porque le pareció que estaba triste y lloraba por las pasiones que había cantado. Y, si no lo hubiera oído cantar, habría pensado que era una estatua hecha para adornar la fuente por lo inmóvil que estaba. Tenía las manos unidas, tan blancas que podrían dar envidia a

la nieve si esta no se hubiera ausentado de la montaña. Ocultaba el rostro del sol, de tal forma que los rayos no embellecían sus rasgos. Tenía esparcida por el campo una manada de ovejas, más como excusa para llevar aquel traje que porque de verdad estuviera atento a ellas.

El hermoso mozo era tan admirable que Fabio se le acercó hasta notar que el traje no hacía honor a la hermosura de su rostro; para ser hombre, ya debería tener barba, y para ser mujer, era el lugar tan peligroso que casi dudó de lo mismo que veía. Pensando que no sería muy atrevido por su parte, dadas las circunstancias, se acercó más y lo saludó con mucha cortesía. El embelesado zagal volvió en sí con un «Ay» tan lastimoso como si fuese a ser el último de su vida, y como la montaña aún no le había quitado la cortesía, se levantó al ver a Fabio con discreción y le preguntó cómo había ido a parar a aquel lugar.

Fabio, después de agradecer sus cortesías modales, le respondió de esta suerte:

—Yo soy un caballero de Madrid. Vine a negocios importantes a Barcelona y, cuando terminé y debía volver a mi patria, no quise marcharme sin ver el milagroso templo de Monserrate. Lo visité devoto y quise ver las ermitas que hay en esta montaña. Y mientras descansaba entre esos olorosos tomillos, oí tu lastimosa voz. Quise ver al dueño de tan bien sentidas quejas que padeces firme y lloras mal pagado. Veo en tu rostro y en tu presencia que no eres lo que aparentas, porque ni encaja el rostro con el vestido ni las palabras con lo que procuras dar a entender. Por la edad pasas de muchacho y por las pocas señales de tu barba no eres hombre. Por eso te quiero pedir con cortesía que me saques de esta duda, asegurándote primero que, si puedo ayudarte a poner remedio a lo que te aflige, no lo creas imposible ni me echés desconsolado, que lamentaré mucho hallar una mujer en tal paraje y con esa ropa sin saber la causa de su destierro y procurarle remedio.

Atento escuchaba el mozo al discreto Fabio, dejando de cuando en cuando caer unas cansadas lágrimas que con lento paso buscaban el suelo, y, como lo vio callar y aguardar una respuesta, le dijo:

—No debe querer el cielo, señor caballero, que mis pasiones permanezcan ocultas, porque hay quien me las ayuda a padecer

o porque se debe de acercar el fin de mi cansada vida y han de quedar de ejemplo y escarmiento para la gente. Cuando creí que solo Dios y estas peñas me escuchaban, te guio a ti, llevado de tu devoción, a este lugar, para que oyese mis lástimas y pasiones, que son tantas y venidas por tan varios caminos que tengo por cierto que te haré más favor en callarlas que en decirlas, por no afligirte, además de que es tan larga mi historia que perderás mucho tiempo si te quedas a escucharla.

—Al contrario —replicó Fabio—, me has dejado tan deseoso de escucharla que, si me pensase quedarme a vivir como un salvaje entre estas peñas, no habría de dejarte hasta que me la contases y te sacase, si pudiese, de esa vida, que sí podré, por lo que en ti miro. A alguien que tiene tanta discreción no será dificultoso persuadirle de que escoja una vida más descansada y menos peligrosa, pues aquí no estás a salvo de las fieras y de los bandoleros, quienes, si acaso estuviesen al tanto de tu hermosura como yo, seguro que no estimarían tu persona con el respeto con el que yo la estimo.

—Pues si es así —dijo el mozo—, siéntate, señor, y escucha lo que hasta ahora no ha sabido nadie de mí. Descubrirás cosas tan increíbles, que solo pueden suceder a quien nació para la desventura más extrema, que verás que me arriesgo al contártelas sin conocerte. Si se descubre quién soy, corre peligro la reputación de muchos parientes nobles que tengo, y mi vida con ellos; es inevitable que, por vengarse, traten de quitármela.

Fabio le agradeció lo mejor que supo, y supo bien, que quisiese hacerle partícipe de sus secretos. Se sentaron juntos cerca de la fuente y el hermoso zagal empezó su historia de esta suerte...

Mi nombre, discreto Fabio, es Jacinta, que no se engañaron tus ojos con mi apariencia; mi patria Baeza, noble ciudad de la Andalucía, mis padres nobles y mi hacienda equiparable a su nobleza. Nacimos en casa de mi padre un hermano y yo, él para tristeza suya y yo para su deshonor. Tal es la flaqueza en que las mujeres somos criadas, pues no se puede fiar a nuestro valor nada, porque

de haber nacido ciegas, menos sucesos hubiera visto el mundo y viviríamos seguras de engaños.

Mi madre murió en el peor momento y no fue pequeña su ausencia, pues su compañía, gobierno y vigilancia habrían sido más importantes para mi honestidad que los descuidos de mi padre, quien no se interesó en mirar por mí y casarme (error notable de los que esperan que sus hijas se casen sin gusto). Mi padre quería a mi hermano ternísimamente y él era su único empeño, sin que yo le importase lo más mínimo. No sé cuáles eran sus intenciones, pero había hacienda bastante para todo lo que quisiera emprender.

Yo tenía dieciséis años cuando una noche soñé que iba por un bosque amenísimo, en cuya espesura hallé a un hombre tan galán que me pareció (¡ay de mí!) no haber visto en mi vida uno tal. Traía cubierto el rostro con el cabo de un ferreruelo leonado, con pasamanos y alamares de plata. Me paré a mirarle, impresionada por el talle y deseosa de ver si el rostro encajaba con lo demás. Con airoso atrevimiento llegué a quitarle el rebozo, y apenas lo hice cuando, sacando una daga, me dio un golpe tan cruel en el corazón que grité de dolor, motivo por el que acudieron mis criadas y me despertaron del pesado sueño. Me hallé sin el que me hizo tal agravio, la más apasionada que puedas pensar, porque su retrato se quedó estampado en mi memoria, de suerte que durante mucho tiempo no pude olvidarlo.

Deseaba, noble Fabio, hallar para marido un hombre de su talle y gallardía, y me traía tan fuera de mí esta imaginación que fantaseaba y razonaba con él, de suerte que a pocos lances me hallé enamorada sin saber de quién, y me puedes creer que, si fue Narciso¹ moreno, Narciso era el que vi. Perdí con estos pensamientos el sueño y la comida, y tras esto el color de mi rostro, dando lugar a la mayor tristeza que en mi vida tuve, tanto que casi todos reparaban en mi cambio.

¿Quién vio, Fabio, amar a una sombra? Aunque se cuenta de muchos que han amado cosas increíbles y monstruosas, por lo menos tenían forma a quien querer. Yo entiendo a Pigmalión, que

¹ N. de la Ed.: Hombre apuesto que, en la mitología griega, se enamoró de su propio reflejo en el estanque.

adoró una estatua a la que después Júpiter dio vida, al mancebo de Atenas y al que amó al árbol,² pero de mí, que no amaba sino una sombra y fantasía, ¿qué pensaría el mundo? ¿Quién duda que no creerá lo que digo y si lo cree me llamará loca? Pues te doy mi palabra, a ley de noble, que ni en esto ni en lo otro que te diga no hay nada más que la verdad.

Las consideraciones que hacía, las reprensiones que me daba, créeme que eran muchas, y miraba con atención a los más galanes mozos de mi patria, con deseo de prendarme de alguno que me librase de mi enamoramiento, pero todo me llevaba a volver a querer a mi amante soñado, pues no hallaba en ninguno la misma gallardía. Llegó a tanto mi amor que me acuerdo que escribí a mi adorada sombra unos versos, que, si no te cansas de oírlos, te recitaré. Aunque son de mujer, tanto más grandeza tienen: a los hombres no es justo perdonarles los errores que cometen al componer, pues están adornados y purificados con arte y estudio, pero una mujer que solo se vale de su talento natural, ¿quién duda que merece disculpa en lo malo y alabanza en lo bueno?

—Recita, hermosa Jacinta, tus versos —dijo Fabio—, que serán para mí de mucho gusto, porque aunque sé escribir poesía con algún acierto, los aprecio tan poco que te juro que siempre me parecen mejores los ajenos que los míos.

—Pues si así es, mientras dure mi historia no he de pedirte permiso para recitar los que se escribieron a propósito, y así digo que los que compuse son estos:

*Yo adoro lo que no veo
y no veo lo que adoro.
De mi amor la causa ignoro
y hallar la causa deseo.*

*Mi confuso devaneo,
¿quién lo acertará a entender?*

² N. de la Ed.: El escultor Pigmalión se enamoró de su propia estatua, Galatea, que finalmente cobró vida; «el mancebo de Atenas» hace referencia a un joven que se enamoró de una estatua de la Fortuna, junto a la que acabó suicidándose, y la siguiente es una referencia Dafne, metamorfoseada en laurel para no entregarse a Apolo.

*Pues sin ver vengo a querer
por sola imaginación,
inclinando mi afición
a un ser que no tiene ser.
Que enamore una pintura
no será milagro nuevo,
que aunque tal amor no apruebo,
ya en efecto es hermosura.
Mas amar a una figura
que acaso el alma fingió
nadie tal locura vio,
porque pensar que he de hallar
causa que está por crear,
¿quién tal milagro pidió?*

*La herida del corazón
vierte sangre, mas no muero.
La muerte con gusto espero,
por acabar mi pasión.
De estado fuera razón,
cuando no muero, dormir.
¿Mas cómo puedo pedir
vida ni muerte a un sujeto
que no tuvo de perfecto
más ser que saber herir?*

*Dame, cielo, si has creado
este ser que deseo,
de mi voluntad empleo
y antes que nacido amado.
¿Mas qué pide un desdichado
cuando sin suerte nació?
¿Porque a quién le sucedió
de amor milagro tan feo
que le ocupase el deseo
amante que en sueños vio?*

¿Quién pensaría, Fabio, que había de ser el cielo tan liberal al darme aun lo que no le pedí? Como deseaba imposibles, lo único que podía hacer era componer versos como estos, más como obra literaria que como una petición, pero, cuando uno ha de ser desdichado, el cielo permite su desdicha.

En mi mismo lugar vivía un caballero natural de Sevilla, del nobilísimo linaje de los Ponce de León, apellido tan conocido como calificado. Habiendo hecho en su tierra algunas travesuras de mozo, se desnaturalizó de ella y se casó en Baeza con una señora de su misma clase, con quien tuvo tres hijos, la mayor y menor mujeres y el mediano varón. La mayor se casó en Granada y la más pequeña entretenía la soledad y ausencia de don Félix; este era el nombre del hijo gallardo, el cual, deseando lucir el valor y la valentía de sus ilustres antecesores, se fue a la guerra. Así daba ocasión, con sus valerosas hazañas, a que sus parientes, que eran muchos y nobles, como corroboran las excelentes casas de los duques de Arcos y condes de Bailén, le conociesen.

Este noble caballero llegó a la florida edad de veinticuatro años y, habiendo alcanzado por sus manos una bandera y después de haberla servido tres años en Flandes, regresó a España para seguir creciendo. Mientras en la corte se disponía esto por la intervención de sus parientes, se fue a ver a sus padres, que hacía días que no lo veían y que vivían con este deseo.

Don Félix llegó a Baeza al tiempo que yo estaba en un balcón, ensimismada en mis pensamientos, y siendo forzoso que pasase por delante de mi casa, por estar la suya en la misma calle, pude, dejando mis imaginaciones, poner los ojos en sus galas, criados y gentil presencia, y al detenerme más de lo justo, vi tal gallardía en él que intentar describirtela supondría alargar esta historia y mi tormento. Vi, en efecto, al mismo dueño de mi sueño, y aun de mi alma, porque si no era él, no soy yo la misma Jacinta que le vio y le amó más que la misma vida que poseo. No conocía a don Félix ni él a mí, puesto que cuando fue a la guerra yo era tan niña que era imposible acordarme, aunque su hermana doña Isabel y yo éramos muy amigas.

Don Félix miró al balcón, viendo que mis ojos hacían fiesta a su venida, y hallando Amor ocasión y tiempo, ejecutó en él el golpe de su dorada saeta; en mi caso, ya no hacía falta su trabajo, pues ya estaba hecho. Y así de paso me dijo:

—Tal joya o será mía o yo perderé la vida.

Mi alma quiso decir: «Ya lo soy», pero la vergüenza fue tan grande como Amor, a quien pedí con hartas sumisiones

y humildades que ahora me diese ocasión y ventura, pues ya me había dado causa. Don Félix no dejó perder ninguna de las oportunidades que le dio la Fortuna, y a la primera doña Isabel me avisó de la llegada de su hermano y tuve que ir a visitarlos. Entonces, don Félix me dio a conocer su amor tan a las claras que, como yo le amaba, no pude negarle en tal ocasión las justas correspondencias.

Y con esto le di ocasión para pasear por mi calle de día y de noche, y que al son de una guitarra, con la voz dulce y algunos versos, en lo que era diestro, me diese a conocer mejor su voluntad. Me acuerdo, Fabio, de que la primera vez que le hablé a solas por una reja, me dio causa este soneto:

*Amar el día, aborrecer el día,
llamar la noche y despreciarla luego,
temer el fuego y acercarse al fuego,
tener a un tiempo pena y alegría.*

*Estar juntos valor y cobardía,
el desprecio cruel y el blando ruego,
tener valiente entendimiento ciego;
atada la razón, libre osadía.*

*Buscar lugar en que alterar los males
y no querer del mal hacer mudanza,
desear sin saber qué se desea.*

*Tener el gusto y el disgusto iguales
y todo el bien librado en la esperanza:
si esto no es amor, no sé qué sea.*

Amor tenía dispuesta mi perdición, y así me iba poniendo los lazos con los que me enredaría y los hoyos donde caería: hallando la ocasión que yo misma buscaba, cuando oí la música bajé a un aposento de un criado de mi padre, llamado Sarabia, más codicioso que leal, donde me era fácil hablar por una reja baja y donde no era difícil tomarle las manos. Y viendo a don Félix cerca, le dije:

—Si tan acertadamente amáis como decís, dichosa será la dama que mereciese vuestra voluntad.

—Bien sabéis vos, señora mía —respondió don Félix—, que mis ojos, mis deseos y mi afecto siempre manifiestan mi dulce perdición. Sé mejor querer que decirlo; que vos sepáis que habéis de ser mi dueña mientras tenga vida es lo que procuro y no acreditarme ni de buen poeta ni mejor músico.

—¿Y os parece —repliqué yo— que me estará bien creer eso que vos decís?

—Sí —respondió mi amante—, porque hasta para dejar querer y querer al que ha de ser su marido tiene permiso una dama.

—¿Pues quién me asegura a mí que vos habéis de ser él? —le dije.

—Mi amor —dijo don Félix— y esta mano, que si la queréis como promesa de mi palabra no será cobarde, aunque le cueste a su dueño la vida.

¿Qué mujer, viéndose rogada con lo mismo que desea, amigo Fabio, despreció jamás la ocasión de casarse, encima con el mismo que ama, y no aceptó cualquier condición? No hay mayor cebo en que pique la perdición de una mujer que este. Y así no quise poner en peligro mi dicha, que dicha fue lo que sentí; por tal la tuve y la tendré siempre que recuerde este día.

Sacando la mano por la reja, tomé la que me ofrecía mi dueño, diciendo:

—Ya no es tiempo, señor don Félix, de mostrar desdenes a fuerza de engaños ni encubrir voluntades a costa de despegos, suspiros y lágrimas. Yo os quiero no tan solo desde el día que os vi, sino antes, y para que no os tengan confuso mis palabras, os diré cosas que espantan.

Y luego le conté todo lo que te he dicho de mi sueño. Don Félix, mientras yo le decía estas novedades, para él y para cuantos lo oyen, no hacía sino besarme la mano que tenía en las suyas, como en agradecimiento de mis penas, en cuya gloria nos sorprendería el día, y aun el de hoy, si no hubiera llegado nuestro amor a más atrevimiento.

Nos despedimos con mil ternuras, quedando muy asentada nuestra voluntad y con el propósito de vernos todas las noches en el mismo lugar, comprando con oro al imposible del criado y consiguiendo con mi atrevimiento el llegar hasta allí, porque tenía

que pasar por delante de la cama de mi padre y hermano para salir de mi aposento. Me visitaba muy a menudo doña Isabel, obligada, más allá de nuestra amistad, a dar gusto a su hermano y servirle de fiel tercera a su amor.

En este sabroso estado estaba el nuestro amor, y don Félix no trataba de volver por aquel entonces a Italia. Entre las damas a quien conquistó su gallarda presencia, que eran casi todas las de la ciudad, estaba una prima suya, llamada doña Adriana, la más hermosa de toda aquella tierra. Esta señora era hija de una hermana del padre de don Félix, que, como he dicho, era de Sevilla, y tenía cuatro hermanas, las cuales, por la muerte de su padre, habían ido a Baeza. Las dos menores se entregaron a la religión. Allí mismo se casó la que seguía, y la mayor, como no quería casarse, se quedó con esta hermana ya viuda. Esta tenía, para heredera de más de cincuenta mil ducados, una sola hija, a la cual amaba como puedes pensar, siendo la única y tan hermosa como te he dicho.

Pues como doña Adriana gozaba muy a menudo de la conversación de don Félix a causa del parentesco que los unía, lo empezó a querer con tanto extremo que no pudo ser más, como verás en lo que sucedió a continuación. Don Félix se enteró del amor de su querida prima y, como tenía tan llena el alma del mío, disimulaba y se excusaba cuanto podía, y así, cuantas muestras le daba doña Adriana de su voluntad, con un descuido desdeñoso se hacía el desentendido. Tuvieron, pues, tanta fuerza con ella estos desdeños que, vencida por su amor, acabó en la cama. Daba a los médicos muy poca esperanza de que se recuperara, porque, además de no comer ni aun dormir, no quería que se le diese ningún remedio.

Tenía puesta a su madre en la mayor tristeza del mundo. A esta, sabia, se le ocurrió pensar que el mal de su hija podría deberse a una pasión amorosa, y con este pensamiento, obligando con ruegos a una criada de quien doña Adriana se fiaba, supo el caso y quiso ponerle remedio. Llamó a su sobrino y, habiéndole dado a entender con lágrimas la pena que tenía de la enfermedad de su hija y la causa que la tenía en tal estado, le pidió que fuese su marido, pues en toda Baeza no hallaría casamiento más rico.

Don Félix no quiso ser causa de la muerte de su prima ni apenar a su tía con una desabrida respuesta. En esta conformidad le dijo, confiando en el tiempo que había de pasar hasta que les llegara la dispensación, que lo tratase con su padre, que como él quisiese le parecería bien. Entró a ver a su prima y le llenó el alma de esperanzas, mostrando su contento por su mejoría. Acudió a menudo a su casa, que así se lo pedía su tía, por lo que doña Adriana recuperó toda su salud.

Don Félix faltaba a mis visitas por acudir a las de su prima y yo, desesperada, maltrataba mis ojos y culpaba su lealtad. Una noche, quiso satisfacer mis celos y, para excusar los rumores de los vecinos, había facilitado con Sarabia el entrar a mi casa. Viendo mis lágrimas, mis quejas y sentimientos, como amante firme e inculpable en mis sospechas, me contó todo lo que pasaba con su prima. Si hasta allí eran solo temores los míos, desde aquel punto fueron celos declarados, y con una cólera de mujer celosa, que no lo pondero poco, le dije que no me hablase en su vida si no le decía a su prima que era mi esposo y que no había de ser suyo.

Con este enojo quise irme a mi aposento, pero no lo consintió mi amante. Amoroso y humilde, me prometió que no pasaría el día sin obedecerme y que ya lo habría hecho, si no fuera por guardarme el justo decoro. Y habiéndome dado nuevamente palabra delante del secretario de mis libertades, le di posesión de mi alma y cuerpo, pareciéndome que así lo tendría más seguro.

Pasó la noche más aprisa que nunca, porque había de seguirle el día de mis desdichas. Esa mañana el médico había aconsejado que doña Adriana, tomando un acerado jarabe, saliese a hacer ejercicio por el campo, porque, como no podía verse el mal del alma, creía que padecía de opilaciones por haber perdido todo el color. Y, para entonces, mi esposo me había demostrado su amor y satisfecho mis celos, porque, como un hombre no tiene más de un cuerpo y un alma, aunque tenga muchos deseos, no puede acudir a lo uno sin hacer falta a lo otro, y la pasada noche, don Félix, por haberla pasado conmigo, había faltado a su prima.

Lo más probable es que la Fortuna, que guiaba las cosas más a su gusto que a mi provecho, ordenara que doña Adriana

madrugara para tomar su acerada bebida. Salió en compañía de su tía y criadas y la primera parada que hizo fue en casa de su primo. Entró para alegría de todos, que le daban como a un sol las felicitaciones por su visita y salud, y se fue con doña Isabel al cuarto de su hermano, que estaba reposando lo que había perdido de sueño en sus amorosas aventuras. Delante de su hermana, empezó a pedirle explicaciones de por qué había faltado la noche pasada, que don Félix no la satisfizo, sino que la desengañó. En pocas palabras, él le dio a entender que se cansaba en vano, porque, además de tener puesta su voluntad en mí, estaba ya desposado conmigo y había promesas de por medio que, si no era faltándole la vida, era imposible que rompiera.

Doña Adriana se desmayó como respuesta, por lo que fue necesario sacarla de allí y llevarla a la cama de su prima. Vuelta en sí, disimulando cuanto pudo las lágrimas, se despidió de ella, respondiendo a los consuelos que doña Isabel le daba con grandísima sequedad y despego. Llegó a su casa, donde, en venganza de su desprecio, hizo la mayor crueldad que se ha visto, consigo misma, con su primo y conmigo. ¡Oh, celos, qué no haréis, y más si os apoderáis del pecho de una mujer! Primero liberó su furiosa rabia escribiéndole a mi padre y contándole lo que pasaba, diciéndole que velase y tuviese cuidado con su casa, que había quien le quitaba el honor, y con esto aguardó hasta la mañana.

Tomó su pítima y dio la carta a un criado para que se la llevase a mi padre y le diese a entender que era una carta de Madrid. Ya con el manto puesto para salir a hacer ejercicio, se acercó a su madre algo más enternecida que su cruel corazón le daba lugar y le dijo:

—Madre mía, voy al campo. Si volveré, Dios lo sabe. Por su vida, señora, abráceme, por si no la volviese a ver.

—Calla, Adriana —dijo alterada su madre—, no digas tales disparates, si no es que quieres acabar con mi vida. ¿Por qué no me has de volver a ver, si ya estás tan bien que hace muchos días que no te veo mejor? Vete, hija mía, con Dios, y no aguardes a que se ponga el sol y te haga daño.

—¿Por qué vuestra merced no me quiere abrazar? —replicó doña Adriana.